

San Francisco Javier y el deseo

*José María Tojeira, sj**

Ya en el siglo XVI, ese buen religioso que fue Fray Luis de León se quejaba de que incluso en la ancianidad se encontraba “como hierba que al sol su fuerza pierde, y solo en mí el deseo queda verde”¹. El contexto era el de una poesía amorosa pero sin duda nos dice una verdad profunda: somos seres de deseo y la vida sólo existe en plenitud cuando hay pasión, anhelo y ansia. Como también existe la corrupción y la violencia cuando el deseo no se estructura sanamente. Hoy, en una época en la que la publicidad y un tipo de noticias y acontecimientos hacen difícil la sana estructuración del deseo, bueno es reflexionar sobre aquellos que consiguieron convertir sus deseos más profundos en verdaderas y audaces empresas apostólicas.

Por eso, ahora que se acerca el aniversario del nacimiento de San Francisco Javier, ese religioso que trascendió las fronteras de la Compañía de Jesús, para convertirse en patrono de todos los que se dejaron arrastrar por el afán de aventura a lo divino, queremos comenzar, a la luz de su recuerdo, una reflexión muy inicial sobre el deseo. Utilizaremos para ello solamente los tiempos previos a sus viajes a la India, tratando de ver, en su vida inicial de religioso, cómo el deseo, esa realidad tan profundamente humana, se convierte desde la fe en fuerza que ordena las dimensiones fundamentales de su vida.

Javier nace en una familia noble, el último de sus hermanos. En su hogar se exaltaban los valores de la época, el honor, la fidelidad, la valentía y la lucha armada en defensa de los propios ideales y de la tierra. Sus hermanos participan activamente en las luchas internas de

* Sacerdote jesuita. Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador.

¹ Fray Luis de León, “Ardí y no solamente la verdura...”

Navarra, dividida en dos bandos que a su vez defienden el trono de diferentes dinastías. De hecho los hermanos de Javier participarán, desde el bando opuesto, en el cerco de Pamplona en el que caerá herido Ignacio de Loyola. Por amor a un ideal de honor y fidelidad a una dinastía su familia sufre destierros y limitaciones en sus derechos nobiliarios sobre diversas tierras. Defendiendo el patrimonio familiar tanto su madre como después su hermano mayor se ven envueltos en pleitos con pueblos que consideraban tributarios y con pastores trashumantes que ocupaban tierras de paso. El honor y el derecho de la nobleza serían sin duda comentario constante en las frías noches de invierno frente al hogar. Todo ello en un tiempo, el Renacimiento, en el que el deseo individual estallaba, el culto a la belleza se imponía, el aprovechamiento del momento gozoso, "*carpe diem*"², era la consigna, y el individuo comenzaba a convertirse en el centro de la reflexión.

La fragua de un deseo

En este contexto Javier, como hermano pequeño, tenía en el estado clerical una salida de crecimiento y desarrollo, característica en aquel tiempo para los hijos menores de la nobleza. París, como la mejor Universidad de la época, se convirtió en el destino joven de Javier. Salir al menos como Maestro de ella implicaba una enorme facilidad para conseguir algún beneficio importante que garantizara un futuro cómodo, cuando no un ascenso al episcopado en algún momento. De hecho, ya comprometido con el incipiente grupo que daría nacimiento posteriormente a la Compañía de Jesús, Javier recibe la notificación de un beneficio a su favor en la catedral de Pamplona. Ni él ni su familia habían renunciado, durante largo tiempo, a hacer carrera eclesiástica en ese mundo en que la fama se valoraba tanto como la vida.

Hombre de deseos en un mundo que alienta el deseo de grandeza, Javier sufrirá un giro radical tras el encuentro con Ignacio de Loyola en París. Aunque las relaciones con Ignacio fueron durante un largo tiempo ambiguas, Javier, sin duda no dejó de advertir cómo Ignacio, en medio de un mundo tan contradictorio, que rompía todo tipo de barreras, había estructurado sus propios anhelos profundos en torno

² Disfrutar el día, agarrarse con fuerza al día, al momento concreto, para vivirlo a fondo mientras se puede.

a un ideal radicalmente cristiano y moderno al mismo tiempo. Tras una búsqueda trágica, en la que “el peregrino”³ lucha por encontrar a Dios como centro de su vida, Ignacio logra encontrar una causa que dé sentido a su deseo y lo ordene definitivamente. La voluntad de Dios y su mayor gloria, realizada en el servicio al prójimo, se convierte en el centro ordenador del deseo tras los Ejercicios. Hay en ese proceso de búsqueda, como en casi todos los procesos místicos, un afán de matar todo deseo que no nazca de la voluntad de Dios, una purificación del deseo puesto en la escucha personal de la Palabra, y una explosión final del deseo, recuperado como arma apostólica tras el encuentro con el Señor, en el caso propio de Ignacio.

Javier, hombre de deseos, encuentra a Ignacio con sus deseos ya purificados, pero con su vida todavía en esa búsqueda del peregrino de la fe que se deja llevar por Dios incluso hacia donde él no sabe. Se produce en un primer momento, en Javier, una mezcla de admiración y rechazo. Javier, con su simpatía personal, cualidad de su carácter que será señalada como notable a lo largo de toda su vida, recurre con frecuencia a la broma y al humor para mantener a distancia a este vasco insistente, de diferente tradición familiar, guerrero en bando distinto al de su familia, pero que toca inquietantemente la fibra del deseo en Javier. Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma, es la pregunta evangélica en la que Ignacio insiste. Pero el hambre de ganar el mundo no se agotaba fácilmente en un hombre como Javier. Máxime cuando podía escudarse en que la carrera y el éxito clerical no eran exactamente mundanos.

El hoy beato Pedro Fabro será el mediador entre estos dos vascos empecinados cada uno en su propio sueño. Dotado de un carácter suave, Fabro dará los Ejercicios a Javier. Y allí el joven navarro, parafraseando a nuestros clásicos, “si no a más descansado, a más honroso sueño entregó los ojos, no la mente”⁴. Porque Javier era un hombre que amaba lo concreto y en sus sueños ponía sus objetivos vitales y su caminar cotidiano. De los Ejercicios sale otro hombre, muy

³ Peregrino es la palabra que se usa en la autobiografía de S. Ignacio para referirse a sí mismo.

⁴ Francisco de Quevedo, *Epístola satírica y censoria contra las costumbres...*

semejante a Ignacio, inseparable seguidor del peregrino por sendas enormemente diferentes. Mientras a Ignacio la pasión apostólica le lleva a terminar su peregrinación en Roma, dedicado a estructurar la naciente Compañía de Jesús, a Javier, el mismo ánimo esforzado le llevará a recorrer tierras lejanas, creando el paradigma misionero que ha alimentado a la Iglesia durante 450 años. Dos caras de la misma moneda, del mismo ánimo que sabe que la historia verdadera se construye desde la cruz, del mismo sueño de oprobios y persecuciones que asemejan al Maestro y que dan a toda empresa apostólica el signo de la eficacia cristiana. Javier repetirá años más tarde, ya desde la India, una frase que se convierte casi en sonsonete de muchas de sus cartas: Que el Señor que “por su misericordia nos juntó y por su servicio nos separó tan longe unos de otros, nos torne a ayuntar en su santa gloria”⁵. No importa la lejanía sino el ánimo. Y si el servicio de Dios y de las ánimas aleja a unos de otros, el Reino futuro reúne de nuevo a quienes luchan.

El deseo realizado

No vamos en este apartado a recorrer la vida misionera de Javier, sino a ver cómo se prepara para la misma. La misión tras los ejercicios es clara: “Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria”⁶. Los sueños de honra previos a la conversión, se convierten ahora en sueños apostólicos donde la cruz tiene un lugar preferencial. Conocedor de la inmensidad de pueblos que se abrían a esa sociedad cristiana hasta poco tiempo antes tan cerrada en sí misma, Javier comienza a soñar con cargar sobre sus hombros a las gentes de las Indias mientras grita dormido “más, más, más”⁷, despertando a sus propios compañeros. Javier tiene muy clara una idea que muchos después de él formularán de diversas maneras. Si el camino del

⁵ Citado en G. Shurhammer, Tomo II, pág. 521

⁶ *Ejercicios Espirituales*, meditación del Reino.

⁷ Simón Rodríguez, justo antes de que Javier abordara la nave que le llevaría a la India, recibe en confidencia la interpretación de un sueño que éste había tenido anteriormente, mientras los compañeros vivían aún como peregrinos.

éxito apostólico pasa por la cruz, el camino más inmediato es la predicación del evangelio a los gentiles, donde el peligro abunda sobremanera.

La opción de Javier por la cruz, y por la eficacia histórica de la misma, está en la base más inmediata de su opción misionera. Como otros posteriormente⁸, Javier veía en los territorios de misión un camino de seguimiento esforzado, de dificultad y de lucha por el Reino, que acercaba a la cruz. Y ésta era la pasión al ver en ella el camino real de la eficacia apostólica. Un par de anécdotas, para no abundar excesivamente en citas, nos iluminan sobre la posición de Javier al respecto.

En Portugal le tocó a Javier esperar largos meses para poder embarcar hacia la India. Distinguido por su entusiasmo y caridad con enfermos a los que visitaba en hospitales, Javier se quejaba de lo bien que les trataba a los futuros misioneros el rey de Portugal. Pero se consolaba pensando que ya lo pagaría en sufrimientos y persecuciones cuando estuviera en la India. Se alegraba así mismo de que el rey de Portugal respetara la decisión de la Compañía, todavía sin Constituciones, de no aceptar obispados⁹ (algunos de la nobleza portuguesa lo estaban promoviendo). Y cuando ya estaba a punto de partir para la India, el Conde de Castanheira insistía ante el rey Juan III en que diera un mozo de servicio a Javier y a sus compañeros durante la larga travesía, a veces más de un año, entre Portugal y la India, para que les lavara la ropa y les cocinara en el barco. Creía el conde que “sería en perjuicio de su prestigio y autoridad entre las gentes, si le viesen (a Javier) con el resto de la tripulación lavar su ropa a la borda del barco y preparar su comida en la cocina del mismo”. Javier no duda en responderle al amistoso conde diciendo: “Señor Conde, el adquirir crédito y autoridad por ese medio que Vuestra Señoría dice, ha traído a la Iglesia de Dios al estado en que ahora ella está, y a sus preladados; y el

⁸ El P. Antonio Vieira, sj, figura señera en la evangelización del Brasil, hablaba de los territorios de misión equiparándolos en sus efectos para la vida religiosa, con el desierto de los principios del cristianismo. Como los buenos cristianos huían de la tibieza de la fe hacia el desierto, así los misioneros huyen de una sociedad tibia y poco cristiana a territorios donde la fe se pone profundamente a prueba y, por ende, se fortalece.

⁹ Se alegraba de que el rey Juan III les respetara la decisión “de no querer obispados ni cosa de este mundo, salvo injurias, afrentas y persecuciones por el servicio de Dios nuestro Señor”. G. Shurhammer, T I, pág. 808.

medio por donde se ha de adquirir es, lavando esas rodillas y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie, y con todo eso procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos”¹⁰.

Mientras la cruz y la persecución no llegaban, Javier se preparaba para lo que constituía su opción fundamental, una vida identificada con la cruz del Señor en su historia particular, asumiendo lo bajo y humilde, lo que el mundo tiene por loco y despreciable. Una opción que esperaba historizar en la India en plenitud, pero que empieza a darse desde abajo, desde lo sencillo, visitando hospitales, sin olvidar por ello la relación con el rey, que garantiza la mayor universalidad de ese bien que hoy llamaríamos estructural.

Este mismo sentimiento se repetirá como criterio apostólico en sus correrías por la India. De un modo gráfico narraba a sus compañeros las consolaciones que le había dado el permanecer en las Islas del Moro, en medio de peligros. “Porque todos estos peligros y trabajos, voluntariamente tomados por sólo amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundosos de grandes consolaciones espirituales”. E inmediatamente la razón de fondo del consuelo: En medio de dificultades tan grandes la esperanza hay que ponerla solamente en Dios. “Mejor es llamarles islas de esperar en Dios que no islas del Moro”¹¹.

En definitiva, Javier ha estructurado su deseo vital, lo más profundo de sus ansias, en torno a una fe ardiente en que el camino de la cruz lleva a la gloria. Y no sólo a la gloria del más allá, sino también a la eficacia misionera en el más acá. Javier no vacila una vez que el deseo está puesto en la cruz como camino de seguimiento del Señor, y la misión vivida desde dentro, pero también puesta por quienes le gobiernan, le historiza su vida de cruz en la misión de evangelizar pueblos no cristianos. Toda su vida será ya un permanente peregrinar buscando en la evangelización esforzada, y en la ampliación de la misma, su autorrealización cristiana y jesuítica.

La civilización del deseo ilimitado

En nuestra cultura actual el deseo se ha convertido en el eje motor de múltiples dimensiones. La idea del progreso ilimitado, por falsa que

¹⁰ Ibid., págs. 922-923

¹¹ G. Shurhammer, T II, págs. 1007-1008

pueda ser despierta deseos sin freno. La publicidad comercial juega permanentemente con el deseo de tener, de poder y de disfrutar, sin límites morales muchas veces, y con frecuencia impulsando incluso a saltarse los límites legales. El culto a la apariencia, el éxito personal como logro definitivo de autorrealización, la superficialidad de los modelos de varón y mujer que se nos presentan en el ámbito político, económico y artístico, llevan con frecuencia a la confusión y dificultan enormemente una sana estructuración del deseo. En el campo de la sexualidad, la trivialización de la misma y la comercialización del deseo han producido unos cambios espectaculares en el ámbito de la familia y de las relaciones entre personas y grupos.

Una cultura específica juvenil, en la que “la juventud pasó a verse no como una fase preparatoria para la vida adulta, sino, en cierto sentido, como la fase culminante del desarrollo humano”¹², transformó en muchos aspectos los deseos de autorrealización tradicionales. La ruptura de normas tradicionales, la tendencia a vivir el momento, la moda, desentendiéndose de las propias raíces y convirtiendo la memoria histórica en elemento de museo, el convertir el presente en una especie de sucesión rápida de momentos, cada uno con su preocupación y su placer particular, terminaron por entronizar el deseo individual autónomo e ilimitado como la base de dicha cultura juvenil. La canción de un grupo roquero español, afirmando que “siempre, siempre haré, lo que yo quiero; esté bien o esté mal, lo que yo quiero”¹³, no es más que una muestra dentro de un muy amplio universo que exalta, en todos los ámbitos el deseo ilimitado.

Este tipo de cultura y modo de pensar, sin duda, dificulta tanto el campo de la evangelización hoy como el trabajo vocacional para la vida religiosa. Pero al mismo tiempo nos desafía enormemente. Una cultura del deseo ilimitado no se construye sin que haya sujetos capaces de desear ilimitadamente, aunque sea de un modo engañoso. Incluso quienes así viven y desean, encuentran en muchos aspectos de esta moderna cultura juvenil las limitaciones incluso abruptas del deseo. El mismo Hobsbawm, ya citado, recuerda que esta cultura del deseo

¹² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pág. 327

¹³ El grupo se llama curiosamente “Los ángeles del infierno”, en una nueva exaltación de la voluntad ilimitada y rebelde.

ilimitado, que se incluye especialmente en el sueño de la juventud como el estado de perfección del ser, no es más que un “estilo de vida ideado para morir pronto”¹⁴. El recuerdo de iconos juveniles que van desde Bob Marley a Kurt Cobain, pasando por otros muchos personajes de éxito que murieron jóvenes, suicidados o por sobredosis de droga, nos confirma en lo profundamente frustrante que puede ser esa estructuración del deseo que tiende a producir la cultura moderno-contemporánea en sus áreas más extendidas de comercialización de lo juvenil, del placer momentáneo y del poseer.

¿Qué hacer, en este contexto, frente a unos jóvenes que llegan a la fe cristiana, o a la vida religiosa, desde esta cultura, tocados por esa convicción de que el deseo individual lo es todo? Aunque la respuesta es compleja, y los ejemplos de otros siglos son profundamente diferentes, no me cabe duda de que personalidades como la de Javier pueden convertirse en un ejemplo claro de cómo la estructuración sana del deseo puede dar sentido a toda una vida. La época de Javier tenía profundas diferencias con la nuestra, pero también semejanzas. De hecho no se puede negar que en muchos modos de abordar la vida se pueden encontrar raíces hondas en los tiempos del renacimiento. El descubrimiento de nuevas tierras, los viajes y las conquistas de las mismas, la reforma protestante insistiendo en la libre e individual interpretación de la Biblia, y la reforma católica, nacida ya antes de Trento con ansias de utopía¹⁵, crearon la convicción, que dura hasta el presente, de que la perfección era alcanzable para la mente y la mano humana.

Aunque es indudable que todos los santos realizaron una estructuración de sus deseos en torno a los valores fundamentales del evangelio, la época y la vida aventurera de Javier, su carácter profundamente sonriente y humorista, su capacidad de entrar en mundos tan diferentes al suyo, lo hace especialmente atractivo para la persona que quiere estructurar sus deseos en torno a valores. Porque independientemente de lo absorbente que sea una cultura determinada,

¹⁴ Ibid., pág 326

¹⁵ De hecho es en esta época en la que florecen los escritos dedicados a la descripción de sociedades utópicas, a partir de Tomás Moro, que escribe su *Utopía* en 1516.

hay rasgos y valores que están presentes en todas las culturas y que no pueden ser destruidos por las versiones culturales promovidas desde el mercado. Valores como la verdad, la solidaridad que se expresa en el servicio a los demás, la libertad personal como capacidad autónoma de modelar la vida y las actitudes ante la misma, escapan con frecuencia al simple fomento de pulsiones que produce la publicidad. Y la persona de Javier, conocida adecuadamente, puede tocar con fuerza esa capacidad latente muchas veces en el deseo de los jóvenes, de estructurar sus deseos desde una serie de valores que produzcan, en el mediano y largo plazo, satisfacciones en el ámbito del sentido de la vida.

Hoy como ayer la cruz sigue marcando la historia, con frecuencia hasta extremos espeluznantes. El holocausto, los exterminios masivos por razones ideológicas, la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, no son situaciones superadas. En Centroamérica hemos vivido hace todavía muy pocos años las que hoy se llaman guerras sucias, que produjeron masacres de niños, de campesinos, de opositores pacíficos y de personas que simplemente estaban donde según los administradores de la violencia no debían estar. Los países poderosos siguen acudiendo a la guerra con motivaciones mentirosas. De nuevo hoy, como en el siglo XVI, hubiéramos podido repetir con frecuencia otros versos de Fray Luis de León, por terminar citándolo una vez más al final, a él que vivió los mismos “tiempos recios” que San Francisco Javier:

“Si miro la morada es peligrosa,
Si la salida incierta, el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveída
De armas y valedores la mentira”

Fray Luis terminaba esta estrofa diciendo: “La miserable vida, sólo cuando me vuelvo a ti, respira”¹⁶, refiriéndose a María. Hoy, cuando de nuevo la mentira está demasiado proveída de armas y propagandas, es indispensable reeducar el deseo desde la fe. Tanto para el cristianismo como tal, como de un modo especial para la vida religiosa, si queremos

¹⁶ Fray Luis de León: “A nuestra Señora”.

continuar siendo testigos públicos del seguimiento del Señor. Indudablemente tenemos en la historia contemporánea de esta América Latina martirial grandes ejemplos que nos ayudan en la tarea. Pero también Santos como Francisco Javier, pueden descubrirnos facetas centrales de la educación cristiana del deseo. Especialmente cuando el deseo se quiere traducir en ímpetu apostólico. Un deseo y un ansia apostólica que, hoy como ayer, tendrá también que encontrar su modo propio de realizar el itinerario hacia el triunfo a través de la fuerza de la cruz.

Su motivación es el amor evangélico a Dios y al hombre, con atención primordial a lo que hay en él de valor prioritario: un alma donde se juega el destino eterno del hombre". "Siente, como otro Pablo, el apremio incontenible de una conciencia plenamente responsable del mandato misionero y del amor de Cristo" (cf. 2 Cor 5, 14). Nada menos que 101 veces repite en sus cartas que su más ardiente anhelo es "acrecentar nuestra santa fe; extender los límites de la Iglesia".

Tomado de: <http://www.infancia-misionera.com/patronos.htm>